



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(J. Francos Rodríguez.)



—En premio á la simpatía
que irradia de mi persona,
tengo en mis manos *El Globo...*
como el niño de la bola!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El arma más propia, por Luis de Ansoarena.—Palique, por Clarín.—Una frase vulgar, por Juan Pérez Zúñiga.—Playeras, por Narciso Alonso Cortés.—Des-tr-zos literarios, por Antonio de Valbuena.—¡Pim, pam, pum!, por Sinesio Delgado.—La ingratitud, por Eduardo de Palacio.—Los ruidos del mundo, por Alejandro Larrubiera.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: J. Francos Rodríguez.—El verano en la aldea.—Parejas (seis viñetas).—El poder de la química.—El terrible Julio.—La high liffe de verano, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Un compañero mío en la prensa, joven de cualidades sobresalientes, acaba de publicar un libro muy interesante para todo el que piense veranear en las playas lusitanas. El libro se titula *Guía del bañista en Portugal*, y da noticia de las playas y principales poblaciones, precios corrientes en las

mismas, medios de locomoción y tarifas para trasladarse de un punto á otro, etc., etc.

De modo que, aun sin hacer el viaje, coge usted la *Guía*, se la lee de un tirón y se figura que está en el reino vecino respirando el aire salobre del Océano y oyendo cantar el *fado* á las señoritas portuguesas.

Hasta ahora los bañistas entrábamos en Portugal á ciegas, sin tener el gusto de conocer el idioma, ni el clima, ni los comestibles. Ahora, con el libro á la vista, puede uno enterarse de las palabras más corrientes en la lengua de Pinheiro Chagas, de la distribución de las casas por dentro y hasta de cómo hay que saludar á los portugueses para que le tengan á uno por persona fina.

Mi dulce compañero describe con admirable exactitud las playas, los pueblos más importantes y los edificios. Lo único que le ha faltado describir ha sido las costumbres de los bañistas, entre los cuales hay algunos, procedentes de Valdepatatas, Torrecoliflor y demás localidades del interior de España, que se pasan el estío cambiando de ropa para humillar á los demás veraneantes.

Á la playa suelen llevar una ligera americana de dril y camisa de bullones, sujeta al cuello con un cordón de seda terminado por dos borlitas; después de almorzar se ponen un traje de lana dulce color salmonete ó tórtola sencilla, zapatos de charol, corbata de lazo hecho, verde lechuga, y sombrero de paja con cinta rosa y *salpicada* de herraduras ó de barquitos. Por la noche, para ir al casino, se engalanan con un chaquet oscuro en forma de cola de pichón, un chaleco descotado y un pantalón de rayas enérgicas.

Estos jóvenes son muy aficionados al vals vertiginoso, y hacen girar con rapidez á su pareja, apoyándose en los talones. Suelen dedicarse á hacer el amor á todas las chicas, y les dicen, para enamorarlas, que ellos son unos calaveras y que, para no sufrir los sinsabores de la vida, acostumbran á embriagarse frecuentemente.

Además de estos jóvenes *troneras* empedernidos, acuden á la playa muchas señoritas de las que se hacen ropa para el veraneo y estrenan hoy un vestido de *glasé*, mañana uno de *organdi*, al día siguiente otro de alpaca, y así sucesivamente hasta diez ó doce, todos con lazos y abalorios en la pechera.

En fin, el autor de la *Guía* hubiese dado gran amenidad á su obra si, después de las interesantes noticias que contiene, hubiera descrito alguna de las muchas escenas que se desarrollan *cabe* el proceloso mar.

Pero, de todas suertes, su trabajo es digno de elogio, y todo bañista ha de acogerlo con verdadero interés.

*
* *

Los que no conocen la *Guía* ni las ventajas que ofrece Portugal se quedan en Madrid sudando bencina,

No saben los insensatos que con lo que gastan aquí en horchata de chufas tienen de sobra para hacer el viaje y sumergirse en las azuladas ondas y aprender el portugués, que siempre es un adorno.

Comprendo que no vayan á San Sebastián, donde cuesta cinco duros media onza de bicarbonato y catorce una botella de agua de Mondariz, ¡pero en Portugal!

Allí todo está de balde.

—¿Cuánto quiere usted por esa merluza?

—¿La ha visto usted bien? ¿Se ha fijado usted en el tamaño? Mide un metro 53 centímetros.

—¿Cuánto?

—Dos *tostones*.

—¿Cómo? ¿Una peseta? ¿Está usted loca?

Y nos parece cara una merluza en cuatro reales; bien es verdad que en algunas ocasiones hay tal abundancia de merluzas que los pescadores las regalan.

¡Cuántas veces ha llegado á las puertas de mi domicilio una pescadera rubia, cargada con una cesta de peces variados, y me ha dicho!

—Caballero español, hágame usted el obsequio de aceptar estos pajeles. No me desaire usted.

—Pero...

—Si no los acepta, soy capaz de matarme.

*
* *

Este año va á ser numerosísima la colonia española en Portugal.

Por de pronto, ya han salido por la estación de las Delicias en el tren especial muchas familias madrileñas, y todos los días dice la prensa extremeña y la salmantina:

«Han salido: para Figueira las de Navalón, para San Juan da Foz las de Hojarasca, para Espiño las de Retortijones y para Oporto las de Ventosela.»

¡Dichoso yo, que el domingo, si Dios quiere, voy á tomar el camino de la playa!

Conque lectores, hasta la vuelta.

Luis Taboada.

*

El arma más propia.

I

Adusto el gesto, los ojos resplandecientes de rabia, enmarañado el cabello y la faz severa y pálida, dando á conocer su enojo en maldiciones cortadas por rugidos, que parecen desgarrarle la garganta, Fernán, el rudo soldado curtido en tantas campañas, el que junto al noble conde señor de aquella comarca combatió como una fiera con motivo ó sin más causa que el capricho del señor al que Fernán veneraba, el que por él, vertió en mil combates su sangre honrada é hizo de su pecho escudo que al amo altivo amparara, en dura piedra el acero afila con mano airada, y aumenta el furor que siente viendo las chispas que saltan.

II

—¿Qué haces, Fernán? le pregunta un compañero que pasa.
¿Qué nueva lucha te espera que así el acero preparas? Aquí todo está tranquilo...
¿Vas de caza?—Voy de caza; lo has acertado, contesta Fernán con risa sesgada.
—¿Qué?... ¿Viste al lobo en el monte?
—No... Vino el hombre á mi casa, y en la prenda más querida

para mí clavó las garras... Mas para hacer que la suelte yo tengo fuerzas sobradas...
¡Lo que me debe ya sabes! ¡Ya verás cómo lo pagal
—¡Pobre Fernán!... No hace mucho que sospeché tu desgracia...
—¿Viste al conde?—Sí.—¿Con ella?
—Con ella, Fernán... ¡Qué infamia!
—Muy grande... Pero, dí ahora... ¿mi pobre mujer lloraba?
¿Notaste angustia en su rostro? ¿Se resistía á las ansias del que puso su poder al servicio de esta hazaña? Mas... ¡qué cosas te pregunto!
¡De sobra sé que es honrada, que sólo cedió á la fuerza, que llora, sufre y me llama! Pero... tú ¿cómo pudiste ver tal escena con calma, y dejar, siendo mi amigo, quietas la mano y la espada?
—¿Que cómo pude, Fernán? Pues, mira, la cosa es clara... Los vi en el bosque... y me dió el caso tal repugnancia que pensé... lo que te digo notando que te preparas á lavar ruines ofensas y á tomar dura venganza...
Deja ese furor, Fernán... vuelve el acero á la vaina: para este lance en el bosque hallarás mejores armas... si cubrió su villanía, te puede á ti dar la estaca.

Luis de Ansoarena.

El verano en la aldea.



—Luego dicen que son cerriles los de los pueblos. ¡Ahí tiene usted al secretario del Ayuntamiento que me hace el favor de sacar á paseo á mi mujer mientras yo riego las hortalizas!

PALIQUE

Ya saben ustedes que el decano de la Facultad de Derecho, en Salamanca, D. Teodoro Peña, hijo político de la Mantecón, ama de cría de Alfonso XII, tuvo á bien suspender al catedrático Sr. Dorado, para librar á los estudiantes ortodoxos de la peste de las doctrinas deterministas, que Dorado enseñaba.

Pero lo que no sabrán ustedes probablemente es que los estudiantes que se quejaban del Sr. Dorado no estudiaban las doctrinas que les parecían heterodoxas.

El obispo, el Padre Cámara, orador cursi, y cortesano lleno de canas pese á su astucia, como ya estaba previsto en la *Epístola moral*; el Padre Cámara, que es una especie de Retana con mitra, se creyó en el caso de aconsejar á los estudiantes de Derecho penal de Salamanca que no asistiesen á cátedra de Derecho, porque allí les enseñaban tales y cuales cosas, que eran las que denunciaban los estudiantes, que tenían gana de huelga.

Y lo gracioso es que los *apuntes denunciados*... eran de tres ó cuatro años antes; no correspondían á las explicaciones actuales de Derecho, ni á su asunto.

Es decir, que obispo y estudiantes tenían el contacto de explicaciones... de tres cursos atrás.

Que es como si yo tuviera miedo ahora al cólera de 1865 ó á la peste de Otranto.

No es Dorado de esos rutinarios que explican *toda la asignatura* con una ciencia dividida en papelititos como los ochavos de azafrán; Dorado, como todo el profesorado universitario europeo digno de tal nombre, escoge cada año materia especial dentro del campo vastísimo de la ciencia que profesa; y lo que ahora escandalizaba á los estudiantes no era lo que á ellos se les explicaba, sino lo explicado hace algunos años.

De modo que el escándalo era fingido.

¿Qué había en el fondo de todo esto?

Pues nada: que en la Universidad de Salamanca algunos profesores se habían cansado de que Salamanca prestase lo que no da naturaleza.

Como ganado trashumante, conducidos por la *mesta* científica de Deusto, van multitud de estudiantes desde el famoso colegio jesuítico á Salamanca, todos los años, en busca de aprobados que en otras universidades, por lo visto, no esperan conseguir.

Dicho sea sin ofensa de nadie, Salamanca, es decir, su Universidad, tan insigne... en la historia, se había hecho notar, estos úl-

timos años, por la facilidad con que aprobaba á los estudiantes desaplicados que no podían aprobar en otras partes, ó no lo intentaban siquiera.

Yo sé de algunos profesores, de otras universidades, que se negaron una y otra vez á dejar que pasaran, sin saber palabra, hijos y recomendados de personajes; pero vieron con dolor que los tales acudían á Salamanca y de allí volvían con la aprobación que ellos les negaban.

Los jesuitas de Deusto, protegidos por este espíritu de lenidad mal entendida, y acaso más por el espíritu reaccionario de cierta parte del claustro de Salamanca, á esta Universidad acudían con sus productos *químico pedagógicos*.

¡Y amigo! ahora cogen el cielo con las manos, al ver que las cañas se vuelven lanzas, los aprobados suspensos.

Parece que, por fortuna, en Salamanca empiezan á soplar nuevos vientos. Indicio de ello se ve en el acuerdo que anuló la suspensión de Dorado; y sobre todo, en el hecho de haber salido últimamente con las manos en la cabeza muchos estudiantes de Deusto.

Inde ira.

¡Cómo! ¿Hay profesores en Salamanca que dan suspenso á los estudiantes de los jesuitas?

¡Anatema!

¡Traidor!, como dice el coro de sacerdotes en *Aida*.

Los jesuitas no pueden ver que en este movimiento de reacción que ellos dirigen y aprovechan se presente ninguna dificultad.

Querrían que todo fuera favor y fanatismo.

Están acostumbrados á que, como sucede en algún instituto provincial, haya profesores que apartan á sus discípulos sobresalientes de la idea de solicitar el premio... para dejarlo en poder de algún discípulo de los jesuitas.

Están acostumbrados á recoger cosechas de docenas y docenas de sobresalientes debidas á la adulación, al miedo, á las recomendaciones... y á la *vuelta de abajo* muchas veces.

Sí; hay institutos en que esto sucede.

Y como en la Universidad de Salamanca se han cansado, por lo visto, de levantar el brazo é hincar la rodilla...

Son ellos, los PP., los que cogen el cielo con las manos.

Y el rayo de las excomuniones.

Pero ¡amigos! se les ha mojado la pólvora.

Se acabaron las estopas, como dijo el del cuento.

Clarín.

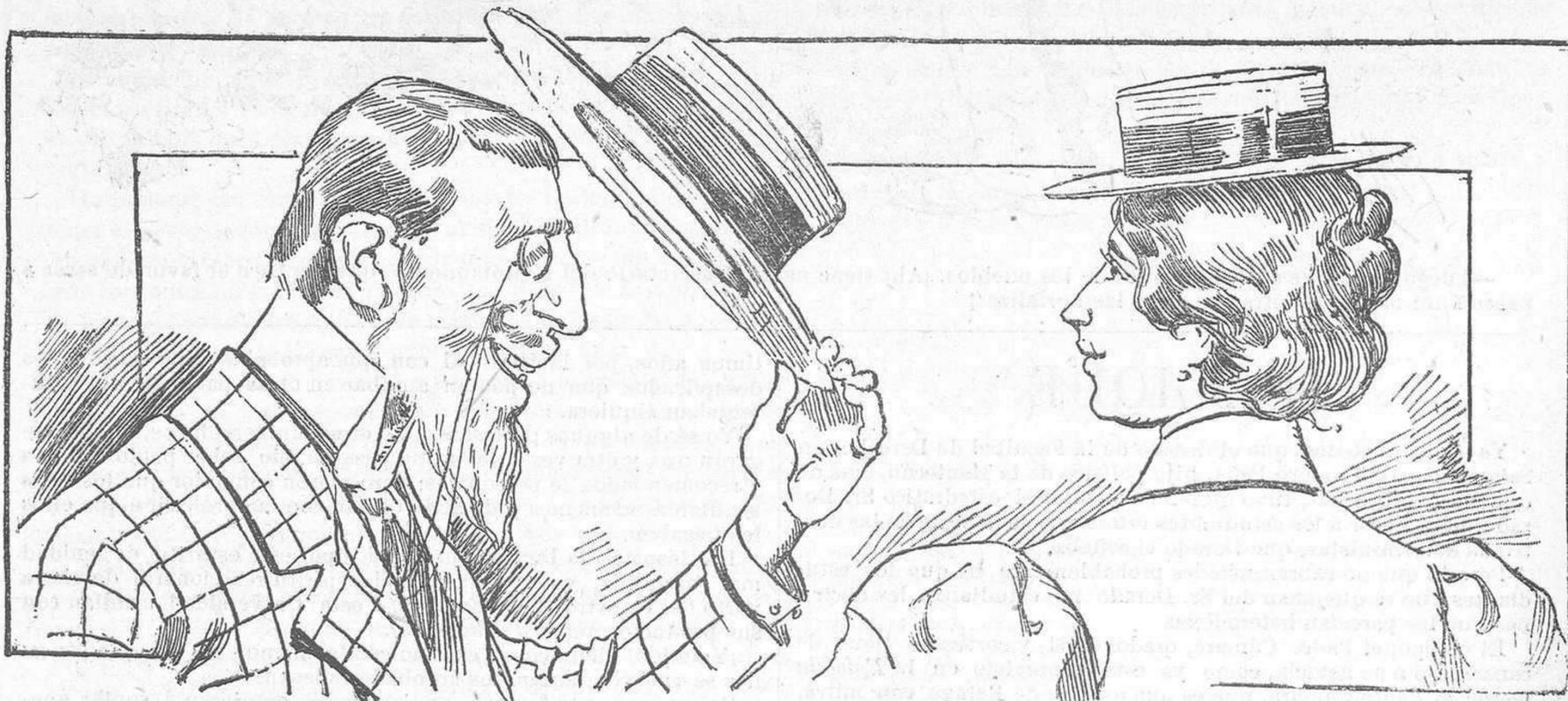
PAREJAS



El es un hombre maduro
y quiere hacerla su esposa ..



Ella es pura y candorosa...
¡le engañará, de seguro!



Tiene un cortijo en Montijo,
y una figura muy rara,

y la chica tiene cara...
¡de comérselo el cortijo!



Si cuajan estas bodas
(que *pué* que cuajen),



¡cómo serán las crías?
¡Virgen del Carmen!

UNA FRASE VULGAR

Yo hacía el amor á Rosa
(hija tímida y graciosa
de Basilisa Tarrasa),
y una tarde *calurosa*
conseguí entrar en su casa.

Á riesgo de un puntapié
de la burlada mamá
solo con Rosa quedé.
¡Con qué alegría observé
que no era tímida ya!

Pero me vió Basilisa
y así me dijo en voz alta:
«¡Lárguese usted más que aprisa,
que aquí hace usted tanta falta
como los perros en misa!»

La verdad, no quise entrar
con la vieja en discusión,
y me fui sin rechistar
á un templo, para implorar
la divina protección.

Allí estaba celebrando
su misa el padre Fernando,
y entre tanto, un monaguillo
iba á las señoras dando
sablazos con un cepillo.

Cada una pagando allí
su silla, según yo vi,
en el cepillo de hierro
depositaba su perro
para el culto, *á cosa así*.

Y era tanto el golpear
de los perros, que al notar
su ruido me dije yo:
«Veo que los perros no
vienen á misa á estorbar».

Desde entonces tomo á risa
el que doña Basilisa,
al verme, diga en voz alta
que yo hago allí tanta falta
como los perros en misa.

Juan Pérez Zúñiga.

★
Playeras.

Está siempre el mar picado
cuando te metes en él.
¿Y cómo no ha de *picarse*
con ciertas cosas que ve?

—
Te besan las olas,
te besa la brisa,
y de fijo te besa el bañero
si tú te descuidas.

—
Al mar le conté mis penas
desde la cima de un risco,
y el mar, que no entiende de eso,
contestó con un bramido.

—
Al ir á entrar en el agua
te vi en tu traje de baño,
y al mirar tu traje... traje
calentura para un año.

Narciso Alonso Cortés.

El poder de la química.



—Ya parece que tengo veinte años menos. No me atrevo á cargar la mano demasiado, no sea que se figuren que no he entrado en quintas, me sorteen y me manden á Cuba.

DES-
TROZOS LITERARIOS

¡Qué cosas tiene D. Antonio Cánovas!...

No le basta gobernar mal y hacernos sufrir las consecuencias de su mal gobierno cada lunes y cada martes y cada uno de los demás días de la semana, sino que *en el entretanto*, como él suele decir, escribe.

Mal también, por supuesto.

Tan mal como gobierna; y no me atrevo á decir que peor, porque me parece que no cabe.

Recordarán ustedes que hace unos cinco años, D. Antonio, en uno de esos actos de generosa protección literaria que suele ejercer á costa del país, generosa protección tan dañina casi siempre para las letras como para los contribuyentes, dió á no sé quién *sesenta mil pesetas* para publicar cuarenta números de una revista ilustrada que se titulara *El Centenario* y celebrara el descubrimiento de América con artículos de escritores de primer orden de ambos continentes.

Escritores de primer orden que luego resultaron ser, de entre los americanos, Rubén Darío, Anastasio Alfaro, Calixto Oyuela y otros poetas de cuarta clase, y de entre nosotros Fabié, el Conde de la Viñaza, Rada y Delgado, D. Víctor Balaguer y el mismo don Antonio, con otros todavía menos adelantados.

De la misma manera que recientemente ha dado al Sr. Moret otras sesenta mil pesetas, ó cincuenta mil, para organizar en el Ateneo unos *estudios superiores*, donde resultan enseñando, por ejemplo, literatura personas que no saben gramática, á pesar de lo cual cobran á razón de peseta por minuto la lectura hecha á tropezones de una traducción cualquiera.

No se sabe por qué, ó, si se sabe, no se dice, aquella revista titulada *El Centenario* no había publicado todos los números que estaban en el programa, ni en el año 92 en que se celebró la fiesta que había de conmemorar, ni en el 93, ni en ninguno de los sucesivos hasta el corriente. Ahora, en el año de 1897, es cuando acaba de aparecer el número 40.

¡Y qué número!

Como era el último, se le reservó entero para sí D. Antonio, sin dejar á nadie mojar en él. Porque D. Antonio parece que tiene la pretensión de ser, como Dios, el Alfa y el Omega de todas las co-

sas; y como quiera que él había pronunciado el discurso inaugural en el Congreso de Americanistas celebrado en el convento de la Rábida, diciendo así la primera palabra en las fiestas del Centenario Colombino, ha querido también decir la última.

¿Que cómo se las ha compuesto D. Antonio para llenar él solo un número de la susodicha revista que tiene cuarenta y ocho páginas mortales en folio?... Pues muy sencillamente: escribiendo una cosa muy larga que no tiene nada que ver con el descubrimiento de América.

Como que se titula: *Doña María Cristina de Austria, su matrimonio y su Regencia, con noticias referentes á las relaciones antiguas entre Austria y España, y... nada más.*

Creo que ya no dice más el título, afortunadamente.

Pero ¡ay! el trabajo de D. Antonio dice otras muchísimas cosas. Consta de siete artículos, señalados con los siete primeros números romanos. *Siete* precisamente, porque éste parece ser el número predilecto de D. Antonio, quizá por ser el mismo de los pecados capitales.

El cuarto, no de los pecados, sino de los artículos, que es propiamente la biografía de D.^a Cristina, es en el que más esmero ha puesto el Sr. Cánovas, y es el peor de todos.

Porque á D. Antonio le pasa eso: cuando más esmero pone en que le salga bien una cosa, es cuando peor le sale.

Aunque también cuando pone menos esmero le suele salir bastante mal.

Es de advertir que á D. Antonio le ha debido de parecer este artículo IV tan perfecto y superferolítico, que al mismo tiempo que le publicaba, englobado con los otros seis, en el número 40 de *El Centenario*, le hacía reproducir solo en el número 1.^o de otra revista: de la *Revista Política*.

Y sin embargo... perdone D. Antonio, pero el tal artículo IV es malo de remate.

Lo primero con que el lector se encuentra en él es con una grandísima novedad, con una cosa hasta ahora nunca vista, con un matrimonio formado de una sola persona.

Sólo á los genios como D. Antonio les es dado hacer estos descubrimientos.

Dice D. Antonio comenzando su artículo IV:

«Mas hora es ya de discurrir acerca de nuestra D.^a María Cristina de Austria, en particular, convirtiéndolo en biográficas mis consideraciones, hasta aquí de crítica histórica. Nacida del matrimonio...»

No crean ustedes que es la crítica histórica la nacida del matrimonio, no; no hay que ser tan materiales en entender: es D.^a Cristina. Pero verán ustedes:

«Nacida del matrimonio de la archiduquesa Isabel Francisca, hija del archiduque Carlos Fernando, hallábase en su patria á mucha distancia del trono para que, por singular modo, etcétera...»

Y nada, no nos dice D. Antonio con quién estaba casada la archiduquesa Isabel Francisca hija del archiduque Carlos Fernando; de manera que hay que pensar que esta augusta dama había contraído matrimonio consigo misma.

Cuando se habla de un matrimonio se dice quiénes son los dos cónyuges, y si no, no se habla del matrimonio.

Sigue D. Antonio:

«Los pocos datos que *tocante* á sus primeros años (serán tocantes) publico aquí, proceden de testimonios privados, *mas* no por eso *menos* fidedignos.»

¿Menos que qué? ¡Mas no por eso *menos*!...

Y sigue D. Antonio:

«Al punto (mejor sería *al tiempo*) de tomar el coche en que había de subir á la Quinta de Ayete, por tantos veranos residencia de la *Real Casa* española...» Mejor sería de la *Real familia*, D. Antonio; porque las casas no residen, son ellas residencias. Y eso que una *casa* resida en una *quinta*, vamos, en otra *casa*...

Después de decir D. Antonio que su biografiada, «sin ser con las niñas de su edad orgullosa, mostraba ya en sus juegos, como por presentimiento de su destino, no poca inclinación á gobernarlas», añade:

«Nada cobarde, en el *interin*, hacía gala de acercarse arriesgadamente á los caballos; pretendía á lo mejor embarcarse sola en los botes de recreo; y nadó y montó bien *antes de mucho*, sin que ni siquiera las enfermedades contagiosas la intimidaran.»

¿Qué cosas escribe á lo mejor este D. Antonio... en el *interin*!...

Pero ¿qué tenían que hacer ahí las enfermedades contagiosas, Sr. D. Antonio? ¿Tienen algo que ver esas señoras con el nadar y el montar á caballo?

¿Es que por nadar y montar bien *antes de mucho* hay peligro especial de coger enfermedades contagiosas?...

¿Qué D. Antonio esté tan original!

Y tan mal escritor, sobre todo.

«Pormenores en verdad nimios, añade D. Antonio, mas no del todo inútiles; porque la infancia anticipa *cuanto desenvuelto* se observa después en las personas mayores.»

¿Y qué necesidad tenía usted de emplear ahí el adjetivo *desenvuelto*, que tiene un sentido muy feo, Sr. D. Antonio?

Ya sé yo que usted no ha querido emplearle en ese sentido; pero no puede usted, ni aun siendo presidente del Consejo, no puede usted evitar que le tenga.

En cambio podía usted fácilmente, aunque no fuera presidente de nada y sólo con que tuviera algún sentido literario, podía haber sustituido ese adjetivo ambiguo con otro más sano, *desarrollado*, por ejemplo.

Hablando de unas *canonesas* dice D. Antonio:

«No *contraen* estas señoras *votos ningunos*...»

Voto ninguno, estaría mejor. A más de que los votos no se *contraen*. Se *contraen* obligaciones haciendo los votos.

Repitamos:

«No *contraen* estas señoras *votos ningunos*: *antes bien*, pueden salirse cuando gustan del capítulo.»

Aquí parece como que, cuando las canonesas *gustan del capítulo*, es decir, cuando están á gusto en él, es cuando pueden salirse.

Mala inteligencia á que no se prestaría el período si D. Antonio hubiera escrito como Dios manda: «Pueden salirse del capítulo cuando gusten».

Pero ya es sabido que D. Antonio no se distingue precisamente por hacer las cosas como Dios manda, sino por hacerlas mal casi todas.

«La *prelada*, sigue diciendo D. Antonio, es siempre archiduquesa, y ha de tomar personalmente posesión, pero sin estar sujeta á residencia ni intervenir *poco ó mucho* en la administración de bienes.»

No se dice así, D. Antonio. Esa frase *poco ó mucho* no se puede usar en sentido negativo. Se usa solamente en sentido afirmativo, que es para lo que está hecha. Se dice, por ejemplo: «lo cierto es que intervino poco ó mucho en el asunto», ó bien: «lo cierto es que *poco ó mucho*, intervino en el asunto». Mas para hablar en sentido negativo, y hablar bien, hay que poner también á la frase la conjunción negativa y no la disyuntiva; hay que decir *ni poco ni mucho*, «no intervino ni poco ni mucho».

¿Qué cosas hay que enseñarle á este académico de todas las Academias!

Antonio de Valbuena.



EL TERRIBLE JULIO



—Tiene razón Eduardo de Palacio. Aquí no vamos á quedar dentro de *poco* más que él y yo. Y nos vamos á aburrir mucho, porque él no me conoce.



¡Pim, pam, pum!

La coquetísima Irene se ríe de la fortuna: ¡no se entretiene ninguna en lo que ella se entretiene!

Como es arrogante y bella tiene siempre adoradores que la requieren de amores y que se mueren por ella;

y por el sistema opuesto al que usan esas señoras que ponen á todas horas ceño adusto y agrio gesto (con lo cual pasan la vida sujetando al que las ama, pues siempre aviva la llama la indiferencia fingida).

ella es cariñosa, amable, se dedica al amor serio con su encantador misterio y su dulzura inefable.

Y cuando, ya satisfecha la víctima, se figura que su victoria es segura y su triunfo cosa hecha, de repente la taimada se olvida de lo pasado, deja la pasión á un lado... ¡y aquí no ha ocurrido nada!

Esas mujeres que son conocidas por coquetas y que dicen los poetas que no tienen corazón suelen hacer poco daño, porque se espera el disgusto, y á nadie coge de susto cuando viene el desengaño; pero matan á cualquiera las del sistema de Irene, porque el desengaño viene cuando menos se le espera.

El símil no será bueno; pero, en fin, ¿quién no conoce el *pim, pam, pum*, cuyo goce entretenido y ameno entusiasma á los muchachos que entre barullo y chacota

derriban con la pelota diferentes mamarrachos?

Pues bien, si no se equivoca la maledicencia, tiene otro *pim, pam, pum* Irene, y en él arregla y coloca con sus hechiceras manos centenares de figuras, de distintas cataduras: militares y paisanos.

Cuando tiene buen humor (y no la falta un momento) se pone á eusayar su invento del *pim, pam, pum* del amor, y ríe como una loca cuando apunta, y alza el brazo... y tumba de un pelotazo al muñequillo á quien toca.

Ora cae un capitán de rostro ceñudo y fiero, ora se humilla un banquero con chistera y con gabán, y ocupa el sitio en seguida otro igual, si la conviene... ¡y así va pasando Irene la juventud divertida!

Pero ¡ay! ¿á quién se le oculta que en este juego inocente hay un peligro evidente? Porque ¡y si un día resulta que, aunque tarde y con trabajo, se enamora, anhela y quiere, y al muñeco á quien prefiere se le encuentra boca abajo, ó con la cabeza rota ú otro desperfecto grave? ¡Porque ella tira... y no sabe dónde va á dar la pelota!

Sinesio Delgado.

La ingrátitud.

—Cuando yo fui mosca... No lo extrañes, yo he sido mosca, *musca comunis* ó *vulgaris*, al decir de un amigo mío, greco-latino y persona de instrucción nada *vulgaris*. Yo he sido mosca en otra evolución; no digo en otra «encarnación» para que no se alborote la mía, mi esposa, también Encarnación de nombre y aun por práctica frecuente.

—¡Delicadeza plausible!

—Gracias. Pues bien, cuando yo fui mosca era este Madrid más rico, más sustancioso, lo cual se explica por la falta de policía urbana.

—¿Había menos que ahora?

—Menos. Por otra parte, no había llegado á la altura que hoy alcanza la ciencia de la adulteración de artículos comestibles y «bebestibles». Los gusanos del queso de Roquefort eran legítimos; los perniles extremeños conservaban hasta la h aspirada que oye ron sus dueños pronunciar á los campesinos; en el salchichón de Vich y en la butifarra se «entrevía» la barretina; el azúcar era útil y dulce y en él se advertía el jugo de la madre caña; en el café se percibía el aroma del negro laborioso; el vino era virginal...

—Doncello el aguardiente.

—Auténticos el azafrán y la sal de nuestros mayores.

—No hablas como una mosca.

—No, señor. Hoy nada es puro; no sabe uno lo que come, ni dónde lo come, ni cómo lo come, ni por qué lo come, ni siquiera si lo come ó no lo come.

—¡Ah! ¡come è verò!

—Tha chipén (1). Entonces las pastelerías, las reposterías y las confiterías tenían puertas y escaparates abiertos para nosotras. Gran establecimientos para las moscas, equivalentes á los conventos y cuarteles para las personas abonadas á la sopa y á los desperdicios religiosos y militares.

—¡Buena vida!

—Hasta los calvos eran más naturales; no se sacaban lustre á la bola como ahora y tenían más jugos. ¡Ah! ¡Si vieras cuántos calvos no tenían más que jugo! Agua, toda la cabeza agua, y agua y aguardiente algunos. ¡Qué cavilaciones!... Las celdillas desalquiladas. Nos decíamos unas á otras las amigas: «No piques á ése, que no sacarás fruto». Otros envenenaban á las moscas que se les posaban en la cabeza.

—¡Pobres moscas!

—Y que lo digas: nosotras acariciamos, digo, ellas acarician al

nifio en la cunita, como las dejen, y á la nodriza también, y probamos los manjares para avisar si están mal condimentados, y adulamos al cocinero, y algunas ¡ay! sucumben en las ollas y en las marmitas, volcanes horribles para las moscas; muchas perecen, por su afición á los progresos de la ciencia, abrasadas por el vapor. Cosquilleamos, ¡dale!, me equivoco, á los caballos, y á las vacas, y á los burros, y nos divertimos con los perros.

—Tranquilízate.

—En mi tiempo no se había inventado el papel mata moscas ni los polvos de la Concepción Jerónima contra insectos de bien. Yo, en llegando este tiempo, ya se sabía, mis baños en Chantilly... nadie me los quitaba.

—Viajabas como una condenada.

—No, hombre; los tomaba en alguna pastelería de Madrid.

—¿Y por qué dejaste de ser mosca?

—Por una ingrátitud. ¡Yo, que había llevado mi abnegación hasta despertar al perro en algunas casas para que no las sorprendieran los ladrones; que tantas veces rondé al poeta indecente y sin estro, y murmuré conejos en sus oídos para que no terminara tiradas de versos ú festivos ú serios y desistiera de escribir... y de corromper á menores!...

—¡Noble misión! ¡Alma de mosca generosa!

—Pues bien, aproximé un día mis labios para murmurar dulcemente al oído de una muchacha preciosa, á quien yo distinguía:

—No comas de ese embuchado, que te costará caro. ¿Recuerdas aquel caballo que viste en la plaza de toros «cuando» la Beneficencia? ¿Aquel que se desabrochó ó á quien desabrochó el toro y no tenía secretos para nadie? ¿Le recuerdas? Pues está complicado en ese producto de la salchichería.

—¿Y qué hizo la joven?

—Darne un golpe con la servilleta y descabellarme. No vi más: todo negrura... ¡Ah! dejé de ser mosca para siempre.

Eduardo de Palacio.

LA HIGH-LIFE DE VERANO



—Pues señor, está visto que no se puede guardar la ropa de un año para otro. ¡Vea usted cómo se me ha quedado la americana!

(1) Estas palabras, del todo extranjeras, están tomadas al tacto en periódicos y vocabularios.

Los ruidos del mundo.

(CUENTO ESTRAFALARIO)

I

Todas las noches el venerable San Pedro, al cerrar la celestial portería, recoge una cajita que hay colocada en los umbrales de la Gloria; en esta caja, semejante á un fonógrafo, pero de inimitable perfección en su mecanismo, quedan «impresionados» cuantos ruidos llegan de la tierra á la mansión de los cielos.

Diligente San Pedro, presenta al Sumo Hacedor la cajita.

Y del interior de ésta brota una armonía jamás escrita en pentagrama alguno, porque ¿cómo unir el eco de atruendosas carcajadas y de llantos inacabables; el fragor de una batalla y el sonar de mil orquestas, cada una de las cuales interpreta motivos distintos, mezclándose lo alegre con lo trágico, lo vulgar con lo sublime?... ¿Cómo fundir en una sola gama millones de diálogos en los que vibran acentos amorosos ó de odio, en que viven con todas sus inflexiones la verdad, la mentira, la adulación, el desinterés, el egotismo, el fanatismo, lo trivial? ¿Cómo aunar los gritos de la pasión, los quejidos del dolor, los suspiros de la felicidad y los

ayes del infortunio? ¿Cómo juntar los ruidos del vapor hirviente que se revuelve iracundo en sinnúmero de máquinas, barcos y locomotoras y los millares de rezos y plegarias que se elevan á lo Infinito?...

¡Sólo Dios puede realizar esta maravilla!

II

San Pedro, siempre que recoge la cajita que guarda los ruidos del mundo, se pone melancólico y baja la cabeza apesadumbrado, porque nota que un día y otro día, siempre igual, son más los ecos de los ayos y gritos de dolor, las imprecaciones de la soberbia y de la ambición, que las risas de la ventura y del contentamiento placido; y de día en día crece el ruido de las batallas seguido de su inevitable cortejo de voces de agonía y frases de bárbaro entusiasmo por el triunfo alcanzado.

Y siempre que al abrir la portería celeste coloca en sus umbrales la maravillosa cajita, murmura el venerable portero, como una plegaria:

—El día en que no vibre en este aparato el eco de muerte que á diario sube de la tierra, encendida de continuo en luchas sangrientas originadas por la ambición ó el fanatismo, ese día la Humanidad podrá alzar á su Dios la frente sin sonrojo... Mientras esto no suceda, los hombres irán siempre con la cabeza fija á la tierra como lobos hambrientos que rastrearán una presa...

Alejandro Larrubiera.

TENEMOS A LA VISTA

con precios marcados

53 modelos de plumeros, desde 15 cts. á 20 ptas.

231 modelos de cepillos, desde 15 cts. á 10 ptas.

GRASES, Fuencarral, 8.

PERSIANAS DE CORTINA

Clase superior y precio ventajoso.

GRASES, Fuencarral, 8.

MEC DORAS, SOFÁS, SILLAS Y SILLONES

DE MADERA CURVADA

PRECIOS SIN COMPETENCIA

GRASES, Fuencarral, 8.

PEDID

CONSERVAS DE CARNES, AVES, PESCADOS DE MAR Y RÍO Y MARISCOS

Marca LA NOYESA

DE J. CAAMAÑO Y C.^ª

De venta en todos los ultramarinos.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanaros.

CHOCOLATES Y CAFÉS DE LA COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

▲ corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

▲ los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambay, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Niños de M. G. Hornos, Libertad, 26 den.º